JORNADA MULTICOLOR

Mayor Circulación Sudamericana

Sección Magazine de JORNADA MULTICOLOR para toda la República, con vasto y ameno material de lectura, notas de interés universal, páginas de alta valía literaria, especialmente seleccionadas para el público argentino

Sabado 20 Feb. 1932



(Ilustración de ARISTIDES RECHAIN)

EL hombre, tan orgulloso de su superioridad moral sobre todos los demás seres de la creación, es, sin embargo, en una multitud de casos, la más miserable de las criaturas. Claro que las bestias se acechan entre sí, se atacan mutuamente, se destrozan, se comen; aun animalitos del más bello aspecto y de trinos celestiales tan famosos como el ruiseñor, son asesinos alevosos, puesto que viven acechando a otros animales y comiéndoselos en cuanto los atrapan. Pero creemos que los animales no poseen discernimiento y obran como obran sólo por impulso natural, es decir, porque para obrar así están hechos por Dios... o por quien sea, y si no les premiamos por eso sus buenas acciones, tampoco tenemos derecho a castigarles las malas. ¿Qué puede hacer por su cuenta el león, condenado por la naturaleza a comerse las inocentes gacelas? El hombre está dotado de inteligencia y de voluntad; distingue el mal del bien y puede inclinarse a uno o a otro. De aquí que acarreen alabanza sus buenos actos: puede ser malo y es bueno. De aquí que merezcan condena sus maldades y, si ejecuta un mal acto extraordinario, quepa decir que es el más miserable de la creación. Es un pensamiento por sí solo al considerar la monstruosa ingratitud que tiene para con una multitud de animalitos y animaluchos que le son de la mayor utilidad y a los cuales, empero, persigue con saña brutal. ¿Quién no odia a la lechuza agorera? ¿Quién no se aterra ante el murciélago de funestos presagios? ¿Quién no experimenta náuseas e indignación ante un sapo horroroso? ¿Quién perdonaría la vida a una culebra que se enrosca en espiral, yergue la cabeza, abre la boca y bufa? Y sin embargo, la lechuza es un animal ratonero eficacísimo, el murciélago un cazamosquitos sin igual, el sapo un infatigable devorador de insectos, la culebra, idem, y todos ellos, como muchos más igualmente útiles, incapaces de ocasionar el menor daño al hombre ni a sus plantas. Sólo la inveterada ignorancia, madre de la superstición, puede hacer posible esta villanía. Si en vez de aceptar supersticiosas consejas inventadas, sin duda, en noches de desolación por gentes aterradas ante el misterio de la vida, nos dedicásemos a observar en sí misma la realidad, otra sería nuestra actitud. Así lo ha hecho un sabio contemporáneo, un naturalista excepcional, un entomólogo asombroso, J. Enrique Fabre, llamado El Homero de los Insectos, por la minuciosidad, la variedad, la verdad y el vigor con que los ha descripto en libros monumentales, resultado de tres cuartos de siglo de investigación paciente, de observación fantásticamente atenta y sagaz. Fabre, que destruyó con la verdad la fábula tradicional de la cigarra y la hormiga, descubriendo que, si entre la dos hay alguna pérfida, más bien es la hormiga que la cigarra, ha estudiado también prolijamente la vida de las lechuzas, de los buhos, de los murciélagos, de los erizos, de los topos, de las culebras, de los sapos, de las salamandras, de todos los animales que auxilian al hombre en la explotación de los campos y a los que no obstante el hombre denigra y mata. Su estudio está muy lejos de corroborar la superstición tradicional respecto de esos animales. Totalmente al revés de lo que dice y cree la gente, Fabre ha comprobado que son animales que no merecen más que gratitud, pues nos sirven gratuitamente y no nos dañan en lo más mínimo. Y su palabra amena e instructiva es una lección de ciencia, de moral, de optimismo. Hemos resumido en este número, procurando conservar lo esencial sin destruir lo ameno, los amplios relatos de Fabre sobre la vida, dicha y desdichas de los auxiliares del hombre, certeramente traducidos al español por Felipe Villaverde y editados por Calpe. Estamos seguros de servir a una hermosa causa, por lo buena y por lo bella. Vamos a tenderles nuestra mano amiga al buho espantoso, al murciélago repugnante, al infame sapo, a la espeluznante culebra, a un montón de servidores nuestros, desalojados por la [illegible]ancia de nuestro corazón.

Dientes y Picos Delatores

CUANDO se nos dice que un animal es dañino para las plantas, lo primero que debe hacerse siempre, es examinar su dentadura. Si sus dientes son de corona plana y poco incisiva, débiles



DIENTE DE CABALLO. — Diente completo, corte de un diente joven y corte de un diente gastado. e, esmalte; c, cemento; i, marfil; p, pulpa dentaria

para sajar, fuertes para triturar, se trata, efectivamente, de un animal hervíboro, pues los vegetales, que no necesitan ser tironeados, requieren como ruedas de molino para sufrir una perfecta trituración. Pero si, por el contrario, la corona de los dientes es aguda y filosa, débil para triturar, fuerte para sajar, se trata de un carnívoro, por cuanto la carne necesita preferentemente ser sajada. En este caso, el animal no puede atacar a las plantas. Es el caso de los sapos, culebras, lagartos, murciélagos y muchos otros tradicionalmente perseguidos como dañinos para la agricultura y que, en realidad, son su auxiliar más precioso y gratuito, pues para nutrirse de carne cazan constantemente insectos, roedores y pájaros hervíboros que, esos sí, destruyen los plantíos.



DIENTE DE LOBO. — Diente completo y corte de diente. e, esmalte; c, cemento; i, marfil; p, pulpa dentaria

TAMBIEN, tratándose de pájaros, la forma del pico es un buen indicio de las costumbres del animal. Los picos cortos y de base ancha y fuerte, son de pájaros granívoros y, por consiguiente, perjudiciales, tal, por ejemplo, el gorrión, gran destructor; y si los picos son largos y delgados, pertenecen a pájaros insectívoros, por consiguiente benefactores, por ejemplo, el ruiseñor. En general, puede decirse acerca de esto: "Para el pico grueso, la semilla; para el pico fino, el gusanillo". La razón es que la semilla, tanto para ser descascarada como triturada, requiere más fuerza y no mucha penetración, mientras que el gusano exige escarbar y no demanda gran esfuerzo para ser deglutido. Hay pájaros cuyo pico es a la vez largo y potente. Entonces se trata de aves que tienen un régimen alimenticio mixto, ya insectívoro, ya granívoro, según las estaciones y los lugares, por ejemplo el mirlo.

Pico de ruiseñor, pájaro insectívoro

Pico de gorrión, insectívoro y granívoro a la vez

AMIGOS DEL

ILUSTRARON RECHAIN Y D



¿Quién no se ha Horrorizado Algu… Sapo, Ante una Culebra, Ante el …e un Murciélago, Ante el Chirrido A… Lechuza Noctámbula o de un … ¿Quién no ha Creído Util Despacu… Sin Embargo, se Trata de Am… Inofensivos Para el Hombr…

El Murciélago es Abnegado, Inofensivo e Insecticida Gratuito

EL murciélago: he aquí uno de los animales a los que se atribuye peor agüero, uno de los animales más odiados por la humanidad ignorante y supersticiosa. Si al atardecer, en la casa campesina o ciudadana se ve de pronto la mancha movediza de un murciélago, toda la familia se moviliza con escobas, plumeros, trapos, garrotes, presa de la más terrible angustia y de las ansias más feroces, y hasta que el animalito no cae maltrecho en un rincón y no sufre ignominiosa muerte bajo la brutalidad de un taconazo, nadie se siente libre de terror. En tanto, el animalito perseguido y asesinado no intentaba sino librar de molestos y dañinos insectos a sus verdugos. ¿Cómo? Vamos a verlo.

SU ESTRUCTURA CASI HUMANA

LAS gentes, en su afán de desacreditar al murciélago, dicen que es un ratón con alas. Nada de eso. Es simplemente un vertebrado mamífero de estructura muy semejante a la del perro o el gato y, ¿por qué no decirlo?, a la del hombre. Véase su esqueleto. Esas pesadas alas que en la penumbra del anochecer nos suscitan con su torpe batir funestos presagios, no son sino el brazo humano con la mano exagerada y recubierta que se distiende cuando el animalito necesita volar.

Tiene dos mamas, y no en el bajo vientre, sino en el pecho. Con ellas alimenta a su cría. La cabeza, ciertamente, no es un primor para nuestros gustos estéticos; pero con nuestra correcta nariz, el pobre murciélago no descubriría en el aire el rastro ni de una mariposa gigante, y con nuestras pequeñas orejas no oiría el batir de alas de sus mosquitos, falenas y polillas. Los garfios de sus pulgares los necesita para arrastrarse con seguridad y para colgarse de techos o de bóvedas a descansar. Su piel es oscura, para disimular mejor su presencia en la noche, y a veces se halla recubierta de un pelaje marrón que le preserva del frío en los largos encierros cavernosos.

LA MADRE MAS ABNEGADA

¿QUIEN diría que este animal aparentemente tan feo y famosamente tan peligroso, es un modelo maternal? Tiene una cría de cada vez y jamás la abandona hasta que la misma se halla en condiciones de bastarse a sí misma. Otros muchos animales que pasan por modelos de solicitud maternal, como la gata o la perra por lo menos dejan solos a sus hijos cuando tienen que ir a proporcionarse alimento. Con el murciélago no sucede así. Tan estrictamente cumple sus deberes maternales, que aun cuando sale para efectuar su caza diaria, lleva a su cría consigo, bien ceñida al pecho. Lo que entonces padece al efectuar su caza con el hijo prendido, es considerable. Piénsese qué crimen se comete si en esas condiciones se le persigue, se le da un garrotazo, se le mata. El más duro de corazón tendrá que sentirse perplejo al descubrir el ejemplo de abnegación que acaba de premiar con una muerte ignominiosa y totalmente injustificada.



ESQUELETO DEL MURCIELAGO. — o, omoplato; cl, clavícula; h, húmero; cu, cúbito; r, radio; ca, carpo; po, pulgar ph, falanges

NARIGUDO Y OREJUDO POR ALGO

BASTA ver sus dientes filosos para comprender que es un animal carnívoro. Efectivamente, se alimenta de mariposas, moscas, mosquitos, falenas y todos esos insectos que de día y de noche suelen constituír en la estación estival nuestra mortificación dentro de las casas.

El murciélago tiene unos ojos muy chicos; apenas se comprende que con ellos pueda ver a sus presas en las habitaciones oscuras. Las ve con dificultad, en efecto; pero, en cambio, las oye y las huele con una sagacidad casi inigualada en el reino animal. El afamado olfato del perro es un poroto al lado de la fineza con que la narizota ancha del murciélago percibe en el aire el rastro volátil de un mosquito o ventea la tormenta que se aproxima; y sus desproporcionadas orejas (tan desproporcionadas que en una especie de murciélagos dan el nombre al animal: los "orejudos") oyen lo que acaso nuestros más sútiles resonadores no podrán percibir nunca.

De esos órganos tan perfeccionados se vale el murciélago para perseguir a sus víctimas. Conforme las atrapa les da una dentellada y las mata; luego, se las come.

SU TRABAJO, SU DESCANSO, SU REGALO

EL murciélago habita en cuevas rocosas, en troncos huecos de árbol, en chimeneas donde no se hace fuego y en todo antro seguro que halla a su alcance. Con el garfio de uno de sus pulgares posteriores se prende a una sinuosidad del techo, deja caer hacia abajo la cabeza, y así permanece inmóvil. Cualquier peligro que le amenace, de pronto le hace soltarse del techo y caer. Al caer, las alas se le abren y emprende el vuelo. No puede remontarse sin antes descender un buen trecho. Por eso tiene siempre buen cuidado de escoger guarida que le permita, por sorpresa o voluntariamente, descender el tramo necesario para la elevación. Cuando estas condiciones le faltan, se arrastra, empujándose con las patas traseras y asegurándose en el suelo con las delanteras.

Generalmente, en la estación invernal, el murciélago dormita. Lo común es que se pase medio año en letargo. Su posición es siempre la misma: asido del techo o de la bóveda con su pulgar en gancho y pendiente para abajo. Así suele permanecer seis meses. En los otros seis del año, sale diariamente al anochecer y se dedica a la caza durante unas dos horas. Luego, regresa a su escondrijo y permanece colgado hasta la misma hora del día siguiente.

Sin embargo, efectúa más de una comida diaria. Lo hace valiéndose de su despensa. Su despensa son sus carrillos, tan feos, pero feos precisamente para que le sean útiles. Son carrillos como los de los monos: elásticos, de modo que una vez satisfecho con lo que ha comido, sigue cazando y amontonando provisiones en ellos. El animal vuelve a su oscura guarida con la panza llena, pero también con la boca cargada. Las presas están muertas. Allí se calientan, se le ablandan y se le sazonan deliciosamente. Cuando vuelve a tener apetito, come, sin dejar de estar colgado del techo. Es su recurso para los días de tiempo inclemente en que no puede salir a cazar. Como prevé el mal tiempo, se provee bien de volátiles y puede estarse colgado unos cuantos días.

Ahí tenemos un hermoso ejemplo de amor, de utilidad y de previsión. Si todos estos atardeceres veraniegos pudiésemos disponer de los buenos servicios de un par de murciélagos, nuestras habitaciones serían bastante más hospitalarias durante la noche y la industria de los insecticidas tropezaría con un serio competidor. En los huertos caseros y en los campos, es el admirable murciélago el que con su caza diaria libra a las frutas y a las flores de terribles destructores. Y no hace el menor daño a las plantas, a los animales útiles, ni al hombre.

EL ERIZO, SANGUINARIO, ES TAMBIEN AUXILIAR

LOS campesinos le tienen al erizo una profunda indignación: creen que no sirve más que para hacer rabiar y sangrar por el morro a los perros. Sin embargo, el erizo no hace daño a los perros, sino porque los perros lo atacan previamente, y, por otra parte, es también un útil auxiliar de la agricultura.

HAY QUE PONERLO A RAYA

NO es posible descargar totalmente de culpas a este arisco animal. Es glotón y sanguinario, y por lo uno y por lo otro, capaz de ser muy dañino. Si, por ejemplo, se nos mete en el gallinero, de seguro retorcerá el pescuezo y desangrará a todos los pollitos, sin que la gallina pueda hacer por ellos otra cosa que cacarear en demanda de auxilio. A los árboles, a arrancar fruta, es inexacto que suba: no puede subir. Lo único que hace con la fruta es comerse la que halla por el suelo madura.

Pero, por lo pronto, al hombre no le hace ningún mal, y en cuanto a los pollitos, basta preservarlos de su alcance para que no sufran por él. Con pequeñas precauciones, tenemos en él un eficacísimo exterminador de orugas, abejorros y otros muchos insectos que devoran nuestras plantas. Un erizo en un jardín, libra de destructores las plantaciones.

CONTRA ENEMIGOS MAYORES

TAMBIEN es ratonero. No ocurre precisamente que se dedique a la caza de ratones; pero si halla uno a mano, se lo come con todo gusto, y como el olor que da su orina es pestilente, no deja anidar ninguno donde él habita.

Con lo que es verdaderamente eficaz, es con las víboras y culebras, sean o no venenosas. Las persigue en sus guaridas, y como ellas le hacen frente para morderlo (lo que no le mueve un pelo) termina por destrozarlas y comérselas. Su golpe seguro es una dentellada en el cráneo. Tarda en darlo, pero cuando lo da, se acabó el reptil. Por las noches las atrapa en sus refugios y pronto les masca la cabeza. Después se las come íntegras, sin que le afecte en nada el veneno que insume al comérselas o que ellas le inoculan con sus mordiscos.

COMBATE DE UN ERIZO Y UNA VIBORA

FABRE transcribe el siguiente relato de un naturalista sobre la lucha entre una víbora y un erizo:

"Tenía yo en una caja una hembra de erizo que estaba criando a sus hijuelos; metí en la caja una vigorosa víbora, que se enroscó en el rincón opuesto. El erizo se acercó lentamente y olfateó al reptil, que, levantando la cabeza, se puso en guardia, mostrando sus ganchos venenosos.

"El agresor retrocedió un instante, pero volvió a acercarse sin precaución alguna. La víbora le mordió en la punta del hocico. El erizo se lamió la sangrienta herida y recibió otra mordedura en la lengua sin dejarse intimidar, y, por fin, agarró a la víbora por la mitad del cuerpo.

"Los dos enemigos rodaron en confuso desorden, furiosos, el erizo gruñendo, y la víbora, silbando y mordiendo sin cesar. De pronto, el erizo le agarró la cabeza, la machacó entre los dientes, y sin el menor signo de emoción, se puso a devorar la mitad anterior del reptil. Hecho esto, volvió al rincón de la caja, y acostándose de lado, se puso tranquilamente a dar de mamar a sus pequeños. Al día siguiente se comió el resto de la víbora".

A DORMIR MEDIO AÑO

AUNQUE, como hemos visto, el erizo es aficionado a manjares (también se sorbe, si los encuentra, huevos de perdiz y codorniz), su actuación es insectívora. Ahora bien: en invierno apenas hay insectos; los pocos que sobreviven del verano, y las larvas, se esconden tan profundamente que sus verdugos no podrían hallarlos con facilidad. Los verdugos, entre ellos el erizo, se morirían de hambre en ese período, si la naturaleza no hubiese previsto el caso y no les hubiese otorgado defensa para el mismo. Su defensa no puede ser más inofensiva ni más eficaz: dormir.

Efectivamente, como el murciélago, el erizo se aletarga en los meses invernales. Su guarida suele ser el recoveco de una cepa de raíz de árbol. Allí se forma, con hojas secas, una especie de bóveda, se mete dentro, se apelotona y duerme. Absolutamente quieto y respirando nada más que el mínimo para mantener la vida, el erizo, como el murciélago, apenas tiene gasto alguno en su organismo. No necesita, pues, comer. No come, hasta que la primavera lo saca del refugio y le brinda alimento abundante.

COMO SE DEFIENDE

EL erizo ataca y muerde, como hemos visto en el caso de las víboras y de los pollitos. Sin embargo, el ataque no es su defensa específica. Lo que caracteriza su defensa es su amparo en sus púas y en el olor insoportable de sus aguas.

Los pinchos de que por la parte superior del cuerpo está recubierto el erizo, no son simplemente pelos durísimos. Entre ellos tiene otros pelos sedosos, que le cubren totalmente la parte inferior. Cuando lo ataca un animal al que no puede morder (por ejemplo el perro) recoge la cabeza y las patas hacia el vientre, se hace una pelota (si por abajo tuviese también pinchos, no podría envolverse) y se deja estar. No hay animal que lo muerda. Para los que, como los perros, a pesar de los pinchazos, insisten en acercarle el morro, tiene su emanación pestífera.



☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★

Los Excelentes Servicios del Topo y de la Musaraña

TODO campesino está convencido de que la guerra al topo es una guerra más santa que las Cruzadas. No sólo destrozan sañudamente a los que encuentran por casualidad sino que, de tanto en tanto, emprenden campañas contra ellos y, armados de garrotes, asadas, palas, trampas y venenos, no paran hasta que no dejan uno solo en todo el campo.

La razón es que el topo socava el terreno y destruye los plantíos. Es una razón atendible. Dos topos son capaces de poner patas arriba, en una noche, todo un huerto. Cavan con prodigiosa rapidez, en busca de los gusanos de que se alimentan, y aunque no tienen intención expresa de dañar las plantas, al cavar se llevan por delante las que se les interponen.

Pero ¿es que en ese trabajo no nos proporciona el topo al mismo tiempo ninguna utilidad? Y si es útil ¿no podríamos evitar sus daños sin prescindir de sus beneficios?

FIGURA Y HABITOS DEL TOPO

RECHACEMOS por lo pronto la idea de que el topo es herbívoro. Basta verle las poderosas mandíbulas dotadas de filosos dientes, para convencerse de que no posee un aparato triturador, como todos los animales que se alimentan de yerbas, sino sajador, como todos los que se nutren de carne.

El topo es comúnmente del tamaño de una rata grande, negro, con una piel más delicada que el más suave terciopelo, a fin de que al cavar bajo suelo no se le pegue la tierra y le incomode para avanzar; con un hocico puntiagudo, a propósito para la socavación, unas manos de uñas potentes, verdaderas asadas, las patas traseras aptas para despedir hacia atrás la tierra, conforme el animal va cavando, de modo que la retirada no quede obstruída; con un oído agudo, a pesar de la pequeñez de las orejas que, de ser grandes, le estorbarían en la zapa, y un olfato excepcional, para descubrir en el espesor de la tierra las víctimas.

Pata anterior del topo

Contrariamente a lo que cree la generalidad, el topo no es ciego. Tiene ojos y ve con ellos; sólo que, como la vista es el sentido que menos necesita al cavar guiado por el oído y el olfato, son ojos menuditos y están escondidos entre la piel, por lo que proporcionan muy escasa visión.

Se alimenta de larvas, gusanos, escarabajos, sobre todo de los gusanos blancos, que son la plaga mayor de las raíces de las plantas. Nunca prueba una brizna vegetal. De ello nos convencerá el siguiente relato del naturalista Flourens, transcripto por Fabre.

UN TOPO VORAZ

FLOURENS puso en un tonel desfondado dos topos vivos y, creyéndolos herbívoros, les dió por alimento raíces, sanahorias, nabos. Pronto se desengañó. Al día siguiente estaban intactas las raíces; pero uno de los dos topos había sido devorado por su compañero: no quedaba de él más que el pellejo, vuelto del revés.

Se hartó de su semejante, lo que quizá no hace ninguna otra especie animal. Devorando a su compañero, se había comido su propio peso de carne; y sin embargo, al día siguiente por la mañana parecía inquieto y hambriento. Flourens le arrojó un gorrión vivo, después de cortarle las alas. El topo lo olfateó, dió vueltas alrededor de él, recibió algunos picotazos y, después, precipitándose sobre el pájaro le rasgó el vientre, agrandó la abertura con las uñas para hundir la cabeza en medio de las entrañas humeantes. Con su hocico puntiagudo el horrible animal escarbaba allí dentro, revelando frenética delicia. En menos de un segundo devoró la mitad del contenido de la piel, que quedó intacta, con las plumas.

Flourens bajó entonces al fondo del tonel un vaso de agua lleno hasta los bordes, y vió al topo dirigirse al vaso agarrándose al borde con las patas delanteras y beber con avidez. Aplacada la sed, el animal volvió al gorrión, comió todavía otro poco y, por fin, enteramente ahito, se quedó dormido en un rincón. El vaso y el resto del pájaro fueron retirados.

Apenas habían transcurrido seis horas, cuando el topo, otra vez hambriento, exploraba olfateando el fondo del tonel, buscando qué comer. Le arrojaron otro gorrión vivo. Como la primera vez, al instante le mordió en el vientre para llegar inmediatamente a las entrañas. Cuando lo hubo comido en gran parte y bebido copiosamente, apareció satisfecho y quedó tranquilo.

Aquella fué su última comida del día. Véase si se necesitan sangrientas comilonas para aplacar el hambre de un topo. Por la noche, su compañero de cautiverio, y durante el día, dos gorriones. En veinticuatro horas el peso del alimento representaba cerca de dos veces el peso del animal.

Pero ¿se ha calmado algo su rabioso apetito? En manera alguna. Al otro día por la mañana el topo corría inquieto por el fondo de su tonel; parecía exasperado por un ayuno demasiado largo; su estómago se quejaba de hambre. ¡Comida a prisa, porque si no se muere de inanición! El resto del gorrión de la víspera y una rana, atacada como de costumbre por el vientre, le hicieron tener paciencia por algún tiempo.

Por fin, le dieron un sapo. En cuanto el topo se acercó para reventarlo, el sapo se infló, esperando asustar al enemigo con el repugnante aspecto de su cuerpo hinchado. Y lo consiguió. Después de haberlo olido, el topo volvió grupas, con invencible repugnancia

¿No quieres sapo, bestia glotona? Pues comerás nabos, coles, sanahorias. Y se las sirvieron en abundancia. Pero como si no. Antes morir que comer raíces. ¡Y, en efecto, el otro día estaba muerto el topo, y de hambre, en medio de provisiones vegetales! Ni siquiera se ha dignado darles un mordisco. ¿Es que aquel animal tenía apetitos excepcionales, antojos de gusto, para preferir dejarse morir de hambre antes que tocar los alimentos de naturaleza vegetal? Nada de eso. Aquel topo seguía el régimen de todos los de su raza.

COMO HACER QUE SEA UTIL

NO sólo pues es carnívoro el topo sino, además, tan glotón, que no se conforma con menos que con un banquete; lo que quiere decir que para alimentarse ordinariamente con su caza, necesita una cantidad fabulosa de gusanos. Así se explican sus ansiosas excavaciones y la rapidez con que limpia de gusanos un plantío.

Sus galerías de caza no son su habitación. Excava para proporcionarse alimento, amontonando en la entrada del agujero y en desahogos que practica de trecho en trecho la tierra de la excavación. Pero en seguida que ha limpiado de gusanos y larvas el trayecto, abandona las galerías hechas y se acoge a la topera.

La topera es de una construcción admirable. Generalmente, se halla a un metro bajo el suelo. Consta como de un vestíbulo que termina hacia abajo en forma de embudo y se halla rodeado por dos galerías circulares, una más alta que otra, comunicadas entre sí por galerías oblicuas, que a su vez van a dar a conductos de largos de escape.

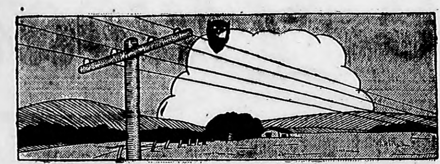
No es difícil descubrir una topera; pues, por

L HOMBRE

ORAZABAL

lguna Vez Ante un uelo Siniestro de Agorero de una Buho? ★ ☆ ★

urrar un Topo? males, no Sólo Sino Utiles? Las Presentes Descripciones Rigurosamente Científicas Enseñarán a Muchos a Respetar y a Amar a tan Utiles y Desinteresados Servidores del Hombre. No Tema a los Animales; Deseche Supersticiones. ★ ☆ ★ ☆



Buhos y Lechuzas Son Muy Utiles

Los atenienses clásicos, es decir, los hombres más artistas y más sabios que han existido, convirtieron a la lechuza en el símbolo de la sabiduría, sin duda por lo mucho que abundaba en su ciudad. Ninguna otra población del mundo civilizado ha sido luego capaz de librarse de la superstición que atribuye a este animal los más funestos presagios. Hombres y mujeres, niños y adultos, ignorantes e instruídos, infortunados y dichosos, todos por igual, experimentan terror ante una lechuza o un buho. Cuando por la noche restalla por las azoteas ciudadanas o entre los copudos árboles campesinos el graznido de la lechuza o surca de través el cielo una mancha sigilosa, las mujeres posan un momento sobre las rodillas la costura para besar dos veces la cruz de los índices y los hombres lanzan contra la madre del pajarraco la imprecación ritual. ¿Qué estará por ocurrirnos?, piensan todos sobresaltados; y si en la casa hay un enfermo, nadie puede impedir un súbito presentimiento desolador.

¿Qué mal nos hacen?

La verdad es, pese a los atenienses, que los lugares que suelen frecuentar las aves de rapiña nocturnas, sus horas de aparición y sus penetrantes chirridos se prestan a la superstición: prefieren la vecindad de los campanarios y, por lo tanto, de las iglesias y de los cementerios, vuelan en horas nocturnas y lanzan un graznido áspero de cosa hueca que espeluzna. Pero, vamos a ver, ¿qué mal hacen con eso?

Si prefieren los campanarios, es porque allí encuentran guarida segura; si salen de noche, es porque de día las encandila la luz y están a merced de todos los demás pájaros; y si graznan es porque acaban de lanzarse a cazar animaluchos dañinos y empiezan por aterrarlos con su grito. Pero aunque eso sea poco grato, ¿qué mal nos causan con ello?

Si de día vemos en una cornisa, en un hilo telegráfico o en una rama de árbol una lechuza o un buho, nos impacienta su torpe balanceo de derecha a izquierda, el ahuecamiento de sus alas, la fijeza idiota de su mirar. ¿Qué otra cosa puede hacer el animal que no ve de día y, por descuido, se halla de pronto en descubierto, temeroso de todo ultraje, sin posibilidad de defensa? Pero no defendamos su aparente estupidez, acentuada por el aspecto humano que a su rostro redondo dan sus ojos de ubicación frontal: ¿nos hace algún daño por eso?

Los útiles cazadores

No, el buho y la lechuza de fea apariencia, de hábitos nocturnos, de grito estridente, no presagian nada malo ni causan al hombre daño alguno. Todo lo contrario: son excelentes auxiliares nuestros, pues nosotros tenemos en las casas el gato para combatir a los tremendos roedores, pero los más tremendos roedores del campo destruirían a sus anchas si las rapaces nocturnas no se declarasen por su cuenta los gatos campesinos.

Todas estas aves desaparecen durante el día. Tienen su razón vital: de ojos enormes, la luz diurna las ciega y no pueden dar un paso. En esas condiciones, todas las otras aves y especialmente las más menuditas, como los petirrojos o los carboneritos, se lanzan sobre ellas, las picotean, las martirizan y las matan si pueden. Deben, pues, esconderse, lo que hacen en tejados, campanarios, árboles frondosos, cuevas, etc., donde permanecen lo más quietas posible durante las horas de sol.

Al anochecer dejan su escondrijo y se dedican a la caza durante una o dos horas. Entonces son las dueñas del campo. Conforme se desperezan y lanzan su chirrido, los pajaritos audaces, que por el día se han atrevido a insultarlas y a picotearlas, tiemblan de espanto y se acurrucan en sus ramas o en sus nidos, dispuestos a inmovilizarse el tiempo necesario para que las rapaces no los descubran y se los engullan de un suspiro.

No son, sin embargo, los pájaros su caza predilecta: prefieren los roedores y otros muchos bichos, como culebras, sapos, lagartos. El ratón campesino que a la luz de la luna roe tallos y brotes, el lirón que en los huertos destroza toda la fruta y la rata que abandona la cueva en busca de olorosos alimentos, no han tenido tiempo de advertir el planeo de la lechuza sobre su lomo, cuando reciben en la cabeza un picotazo mortal y en un santiamén viajan enteritos, con pelo y uñas y bigotes y todo, a través de un gaznate elástico, hasta un estómago monstruoso.

Claro que el ratón casero está a cubierto de ese viaje sin boleto; pero no por voluntad del ave nocturna, sino por culpa nuestra, que, en vez de abrir a la lechuza o al buho las puertas de nuestras casas, donde serían de gran utilidad cazando roedores (tienen para vigilarlos una paciencia superior a la del gato y para cazarlos su misma agilidad), los espantamos asustados y todavía les echamos conjuros.

Una digestión pesada

Y no es cierto de que las aves rapaces nocturnas vean mejor en mayor obscuridad. El sol las encandila, pero la oscuridad absoluta las deja tan ciegas como al topo legendario. Ven mejor con poca luz, pero necesitan algo de luz. Por eso las horas de sus correrías son normalmente el anochecer y el amanecer. El resto del tiempo lo pasan haciendo la pesada digestión de su bárbara comida.

No seleccionan nada al comer. De modo que frecuentemente, después de dos horas de caza, el estómago de una lechuza es un abultado depósito de ratones con su pelaje, pájaros con sus plumas, sapos con su piel resistente y escarabajos con su caparazón. Los poderosos líquidos gástricos que segrega inmediatamente, disuelven ese acopio brutal, dejando la carne limpita de pelos, huesos, uñas, costras, etc. La carne seleccionada sigue las vías digestivas; el sobrante forma una bola que el animal expele pronto por la boca, librando así del riesgo del pasaje a los intestinos.

El buho mayor

Las aves rapaces nocturnas, pertenecientes todas a una misma familia, constituyen, empero, por detalles de su apariencia y por particularidades de hábitos, dos grupos diferentes: el de los buhos y el de las lechuzas. Los buhos se distinguen a un pronto por los dos penachos de plumas que les adornan la cabeza; las lechuzas, por la falta de ese adorno.

El mayor de todos los buhos es el "Buho máximus". "Se distingue fácilmente — dice el gran naturalista Buffon — en su cara grande, en su enorme cabeza, en las anchas y profundas cavernas de sus orejas, en los dos penachos que coronan su cabeza y se levantan más de dos pulgadas y media; en su pico corto, negro y ganchudo; en sus ojos grandes, fijos y transparentes; en sus anchas pupilas negras, redondas, de un círculo de color naranja; en su cara rodeada de pelos, o más bien de plumitas blancas, descompuestas, que concurren en una circunferencia de otras plumitas rizadas; en sus uñas negras, muy fuertes y muy ganchudas; en su cuello muy corto; en su plumaje de color pardo rojizo, manchado de negro y amarillo en el dorso, en sus patas cubiertas de espeso plumón y plumas rojizas hasta las uñas.

"En fin, se distingue por su espantoso grito, uihú, uihú, uhú, puhú, que deja oír en el silencio de la noche, cuando todos los animales callan.

"Habita en las rocas o en las viejas torres situadas en las montañas; baja raras veces al llano, y no se posa por su voluntad en los árboles, sino en las iglesias apartadas y en los viejos castillos.

"Su caza ordinaria consiste en liebres, pequeñas, gazapos, ratones campesinos y ratas, cuya substanciosa carne digiere, y vomita el pelo, los huesos y la piel, en pelotas redondas.

El buho común y otros

"El buho común — "Otus vulgaris" — se parece mucho al grande, pero es mucho más pequeño — dice Fabre. — Apenas es mayor que un cuervo, en tanto el otro tiene las dimensiones de un ganso. De las aves de rapiña nocturnas, es la más común. Por la noche, durante el verano, no cesa de repetir en tono doliente y prolongado su grito cló, cló, que se oye de muy lejos. Cuando echa a volar, lanza una especie de agrio suspiro que proviene sin duda del aire expulsado de los pulmones por el esfuerzo de las alas en el momento de emprender el vuelo.

"De día, en presencia del hombre y de los pájaros, toma una postura de asombro ridícula. Hace crujir el pico, da violentas patadas, mueve su gruesa cabeza con movimiento brusco, de arriba abajo y a los lados. Si es atacado por un enemigo demasiado fuerte, se tumba de espaldas y amenaza con las garras y con el pico.

"Habita en edificios ruinosos, cavidades de rocas y troncos de árboles cavernosos.

"Las costumbres de caza de este buho son idénticas a las del grande: igual predilección por los roedores, ratones, ratas, ratones campesinos y Arvícolas (como el ratón de agua); iguales raptos de conejitos, pacientemente acechados en los alrededores de la madriguera."

El cárabo y otras lechuzas

De las lechuzas, la mayor es el cárabo, casi tan grande como una gallina, la cara hundida y como excavada en la pluma, los ojos, también hundidos, pardos y rodeados de pintitas grises, y el grito muy parecido al aullido del lobo. Habita en los bosques y caza roedores, no despreciando los pajarillos que le vengan a mano.

La lechuza de los campanarios (llamada así porque los campanarios son su preferente habitación) es algo menor que el cárabo y de aspecto poco gracioso. "No tiene la fiera arrogancia del buho y de la corneja; su aire es torpe, embarazoso, casi vergonzoso. Dorso abovedado, alas colgantes, cara ceñuda, mirada triste, patas largas y mal combadas: tal es la lechuza en reposo. Y como para colmo de su desgraciada postura, cuando alguna cosa la inquieta, balancea ridículamente el cuerpo de derecha a izquierda, con ojos huraños y las alas un poco levantadas".

Se le atribuye a la lechuza de los campanarios el vicio (nada nefando, por otra parte) de tomarse el aceite de las lámparas del Santísimo en las iglesias. No es cierto. Entra en las iglesias, sí, cuando va persiguiendo un ratón que se mete en ellas; pero no se ocupa para nada del aceite de ninguna lámpara ni de otra cosa que no sea el ratón que persigue o cualquier otro roedor que pueda aparecer.

Cuando la lechuza se mete en los graneros, podemos darnos por bien servidos: allí no dejará vivo un solo roedor, mientras ella no perjudicará para nada a los granos acopiados.

El mochuelo o mocho es el más pequeño del grupo de las lechuzas, o sea, de los que no tienen penacho en la cabeza. Vive en casas ruinosas, nunca en árboles, y siendo el que mejor ve de todas las rapaces nocturnas, puede realizar algunas excursiones de día y atrapar algún pajarillo, que despluma cuidadosamente antes de comérselo. Es original la manera de expresar su asombro o su miedo:

"Dobla las patas, se acurruca, después se levanta bruscamente, alargando el cuello y volviendo la cabeza a derecha e izquierda. Parece empujado por un resorte. Este gesto se repite invariablemente varias veces, acompañado siempre de un chasquido del pico. Cuando vuela, su grito ordinario es pu, pu, pu; y en reposo dice heme edme, repetido varias veces seguidas, con voz casi humana."

Su único pecado

Se quejan de los buhos y de las lechuzas los cazadores, porque les matan gazapos y conejos. No olvidemos que los conejos y los gazapos pertenecen a los roedores y que, por lo tanto, aunque su falta perjudique a los aficionados a la caza, es beneficiosa para la agricultura.

De lo que no puede excusarse a las aves de rapiña nocturnas es de cazar sapos, culebras y lagartos, que son a su vez preciosos auxiliares del hortelano y del campesino. Fuera de este pecado, las rapaces nocturnas son sumamente provechosas sin ocasionarnos el menor mal. ¿No podría disiparse de una vez el odio irracional con que se las considera?

Hermosos y Utiles Pajarillos

EL CARPINTERITO TENAZ *Se le llama pico-carpintero o simplemente carpintero. Tiene garras con cuatro dedos y la cola dura, ligeramente encorvada hacia adentro. Con sus garras se prende a las rugosidades de los troncos de los árboles secos y con su cola apoyada, forma trípode. En esta posición puede mantenerse horas agujereando el tronco. Para agujerear tiene su largo y poderoso pico, basado en un cráneo fuerte, que a su vez se apoya en un cuello forzudo. Pica y agujerea hasta alcanzar las larvas en el interior del árbol. Las alcanza introduciendo por el agujero practicado su larga, cilíndrica y pegajosa lengua.*



Dos leyendas ha originado este pájaro: la de la yerba en que afila su pico hasta conseguir la dureza del acero y la de su vigilancia en torno del árbol para comprobar si de un picotazo ha traspasado el tronco. En la primera hay pura fantasía; en la segunda hay un error de interpretación. El carpintero da un picotazo fuerte y, en efecto, corre al lado opuesto del árbol a observar; pero no va sino a ver si las larvas internas, advertidas de su presencia, se le escapan por las grietas de atrás.

LA HERMOSA ABULILLA *Es un pajarito delicioso, de una presencia arrogante. De su cabeza parten por atrás, hacia abajo, unas cuantas plumas pardas que semejan un manto lujoso; y cuando la abulilla lo prefiere, eriza esas plumas en torno de la cabeza y obtiene un magnífico penacho. Se come gran cantidad de insectos, especialmente lombrices, sin dañar para nada a las plantas.*

LA ABNEGADA GOLONDRINA *No hay animalito más solidario con los de su especie. Una golondrina que por cualquier causa sufra alguna molestia o impedimento, al instante recibe el más resuelto auxilio de toda la tribu, y la que ha dejado su nido para la migración a través de los mares y vuelve con la primavera, si lo reconoce y lo ocupa no se lo disputa ninguna otra. Puede deshacérsele a una el nido: entre todas las demás se lo rehacen diligentemente.*

La golondrina es gran insectívoro. Volando con la maestría y la satisfacción con que sabe hacerlo — más dueña del aire que ninguna otra ave — entreabre su pico pegajoso y caza de paso moscas, mosquitos, mariposas, etc. Es el murciélago diurno y, desde luego, mucho más bello.

EL BUEN HERRERITO *También éste tiene dos nombres: herrerito o carbonerito. Anida en el interior del tronco de los árboles. Le achacan que desnuda y come las yemas vegetales. Es verdad, pero sólo aquellas en que su olfato advierte la presencia de larvas, la que, en vez de ser un daño, como se cree, es un bien, pues la yema larvada ya no sirve y, además, dejándola con su larva, infectará seguramente todo el árbol.*



☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★



...sigilo que se ponga, el topo oye el acecho y se descabulle en su laberinto, yendo a salir por una boca lejana. Sin embargo, vigilando los agujeros de salida y colocando en ellos trampas, es posible cazar a los topos.

Con este procedimiento de persecución, nada más fácil que convertir en ser útil este animal que puede ser tan dañino. Efectivamente, en primavera podemos soltar por nuestro campo media docena de topos y dejarlos que excaven y limpien de gusanos la tierra; cuando lo han conseguido y necesitamos sembrar y plantar, aplicamos las trampas en las bocas de las toperas, recuperamos los animaluchos y todo queda bien.

Exterminar los topos expone a que la tierra se infeste de tal modo de gusanos blancos, que no sea posible conservar una sola planta y sea peor el remedio que la enfermedad.

LA MUSARAÑA TOTALMENTE UTIL

La musaraña es mucho más desdichada que el topo. Presenta tanta utilidad como él, sin ningún daño, y no se ve menos perseguida.

Es una especie de topito, de unos dos o tres centímetros de largo, algo menor aún que una lauchita y con semejantes apariencias. Cabe encogida en una cáscara de nuez.

Se dice que muerde a los caballos en las patas. Con una cabecita no mayor que una arveja ¿podría calar el dedo de piel que recubre las patas de los caballos? También se dice que es venenosa. Nadie lo ha probado. Tal vez lo que hay en esta afirmación es un error de estimación de la repugnancia que a la musaraña le tiene el gato.

Confundiéndola con un ratón, el gato mata a la musaraña; pero no la come. ¿Por qué? Sencillamente porque la musaraña se perfuma con almizcle, olor que al gato le repugna en forma invencible.

Mientras tanto, la musaraña, como es tan menudita, se cuela por las grietas naturales, sin necesidad de excavar; no toca un brote ni una raíz, porque su dentición es netamente carnívora, y se come gusanos, escarabajos y todos los bichos subterráneos dañinos a las plantas, completando admirablemente la servicial labor del topo.

Hay gente refinada que ha llegado a tener ratas domesticadas sobre la mesa en que come. No deja de ser una porquería. Si, en vez de refinados, fuésemos simplemente menos tontos, cuidaríamos cariñosamente a las musarañas, que son graciosas y útiles y no representan peligro para nada que nos conver...

Pata posterior del topo.

Salamandras, Sapos y Ranas Serviciales

TAN odiados como los reptiles, los batracios tienen encima la contra de provocar un asco invencible. ¿Hay cosa más asquerosa que una salamandra o que un sapo?

LA SALAMANDRA HUMILDE

LA salamandra, de forma alargada, de color negro manchado de amarillo, es como una combinación de lagarto y de sapo. Habita en lugares húmedos, especialmente cerca de las fuentes y come lombrices de tierra. A pesar de su aspecto repugnante, no tiene nada de ofensivo y mata destructores.

¡Termine la leyenda de la salamandra venenosa, casi hechicera! Es un tímido auxiliar del hombre, a quien no exige nada por sus servicios, y si no es muy bella, no tiene la culpa.

¿HORRIBLE Y VENENOSO?

Y el sapo? ¿Qué decir del atroz batracio? Es feo. Su cuerpo, blanducho, es un informe montón y como amasado al azar; su dorso, aplastado, de color sucio, está sembrado de pústulas lívidas. Es feo. Sus patas demasiado cortas no pueden levantar por encima del fango su vientre hinchado, que arrastra innoblemente. Es feo. Su ancha cabeza se hiende en una boca horrorosa; hinchados párpados coronan grandes ojos saltones, que sublevan por su bestial fijeza. Es feo. Si algún peligro le amenaza, se infla, y bajo la piel se dispone un colchón de aire, que resiste a los golpes por su flácida elasticidad.

"Es venenoso. Acurrucado en el fango, en el fondo de algún agujero obscuro, se penetra de los humores malsanos del cieno para elaborar en las pústulas de la espalda un veneno lechoso, que fluye y le humedece el cuerpo en el momento del peligro. Es venenoso. Lanza a los ojos de los asaltantes un líquido corrosivo, que quema la vista por su acritud; mancha el aire con la fetidez de su aliento. Es venenoso. De su boca destila una baba que emponzoña las yerbas y los frutos por donde pasa; su huella es tan funesta como asqueroso es su aspecto. Es feo y venenoso. ¡Guerra, pues, sin piedad, a la horrible bestia, que mancha la tierra, el aire, las aguas y aun la mirada! Esto dicen los acusadores del sapo".

NADA DE LO DICHO

GANAS de hablar. El sapo es feo, ciertamente; pero tiene la forma del sapo; si no fuera así sería otra cosa. Es feo; pero no suelta baba alguna por la boca, no tiene aliento fétido, no emponzoña lo que toca, no deja rastros funestos, no ciega con sus aguas, ya que, por lo pronto, su acritud apenas basta para producir una ligera irritación y, además, larga las aguas a un centímetro, de modo que sería necesario tener la cara sobre él; y si bien es verdad que el licor que segrega por las glándulas de la espalda es venenoso, sólo produce efecto inyectado en la sangre, lo que quiere decir que no produce efecto alguno, pues el sapo no tiene absolutamente nada con que herir.



Sobre eso ¡cuántas moscas, hormigas y toda clase de insectos perjudiciales para las plantas se come el sapo! Es el gran auxiliar de la huerta, al extremo de que en Inglaterra se venden para precaver de destructores a las plantas y, por lo tanto, se les tiene en gran estima y con el cuidado preciso, que no necesita más para vivir en paz.

Las ranas, menos odiadas, prestan igual utilidad en las proximidades de los charcos y pantanos, donde se encuentran habitualmente; y si son las llamadas de San Antonio, que trepan a las plantas, amplían sus servicios a la destrucción de otros insectos.

EL SAPO, LOS NIÑOS Y EL BURRO

NO obstante ¡cuánta verosimilitud en aquel cuento del gran poeta Víctor Hugo, que nos muestra el martirio de un sapo en manos de unos niños! Aparece en el camino un sapo; los transeuntes le rompen la cabeza y le revientan un ojo; el sapo arrastra sus llagas. Cuatro niños llegan...

Los niños lo vieron y gritaron: "¡Matemos este ruin animal y, pues es tan feo, hagámosle mucho daño!" Y riendo — el niño ríe cuando mata, — se pusieron a pincharle con una rama puntiaguda, ensanchando el agujero del ojo saltado, ahondando las heridas, encantados, aplaudidos por los transeuntes, que reían también; y la sombra sepulcral cubría a aquel negro mártir, que no tiene ni un estertor, y la sangre, sangre espantosa, corría por todas partes sobre aquel pobre ser cuyo crimen era ser feo.

Huía; tenía una pata arrancada; un niño le golpeaba con una pala mellada, y cada golpe hacía espumar al proscripto, que, hasta cuando la luz sonríe sobre su cabeza, hasta bajo el cielo espléndido, repta en el fondo de una cueva, y los niños decían: "¡Es muy malo! ¡Miren cómo babea!" Sangrando la frente, el ojo colgando, caminaba a la retama y a la zarza y daba espanto verlo.

"Diríase que salía de una horrible estufa. ¡Oh, sombría acción! ¡Empeorar la miseria! ¡Añadir el horror a la deformidad! Dislocado, empujado de guijarro en guijarro, aun respiraba; sin abrigo, sin asilo, se arrastraba; parecía como si la muerte, descontentadiza, lo encontrara tan feo que lo rehusara.

Los niños quisieron pescarlo con un lazo, pero se les escapó, deslizándose a lo largo de los setos; el surco de las ruedas de los carros estaba abierto y allí arrastró sus llagas y se sumergió, ensangrentado, deshecho, con el cráneo abierto, sintiendo cierta frescura en esta cloaca verde, lavando la crueldad del hombre con este barro; y los niños, con la primavera en las mejillas, rubios, encantadores, nunca se divirtieron tanto.

Pero en este mismo instante, y exactamente en este punto de la tierra, la casualidad trajo un carro muy pesado, arrastrado por un asno viejo, aspeado, flaco y sordo...".

El burro advirtió el sapo entre el fango y, desviándose a un lado, dejó vivo al mártir.



La Inocente y Bienhechora Culebra y los Lagartos

¿QUIEN no se asustaría ante una culebra y saldría carpiendo o agarraría un palo y la espachurraría si se encontrase con ella de pronto?

VIBORAS Y CULEBRAS

TAN desmedido terror procede de la existencia de serpientes venenosas. Las hay, en efecto, con potencia venenosa suficiente paar matar de un mordisco apenas perceptible a una bestia y no digamos a un hombre. Si no somos aficionados a excursiones por la selva, poco pueden importarnos esas sierpes dañinas. En nuestros campos habituales, la única venenosa es la víbora, de reducidas proporciones y tan tímida, que raramente muerde. Sus ganchos huecos de la mandíbula superior, por donde desliza su ponzoña, pueden producirnos la muerte, sin duda; pero reconociéndola, no hay por qué acosarla, y no acosándola temerariamente, no nos morderá. Su reconocimieno es fácil por su lomo marrón en zig-zag y su cabeza ligeramente triangular.

PURA PARADA

LA serpiente comunísima en nuestros campos es la culebra. Esta no tiene veneno ninguno. En países tropicales alcanza proporciones tan grandes, que puede ser peligrosa por su fuerza. Las que nosotros tenemos, no resisten la fuerza de un niño.

Descubierta una culebra, se enrosca en espiral, yergue enérgicamente el cuello, abre sus amplias mandíbulas y bufa. Es una actitud que impone. Pura parada. Sin veneno en los dientes, débil para nosotros, lo único que puede hacernos, si no tiene posibilidades de huir, es un rasguño.

CAZADOR DE MAL ELEMENTO

¿A qué, pues, asustarse? ¿A qué emprenderla a palos o a pedradas con la inofensiva culebra? Dejémosla tranquila. Se sorbe huevos y se come crías de algunos pajaritos insectívoros; pero nadie es perfecto en la vida. En compensación, persigue eficazmente a los ratones, a otros roedores y a insectos nocivos para las plantas.

He aquí otro auxiliar del hombre cruelmente perseguido por el hombre.

LAGARTIJAS Y LAGARTOS

COSA parecida les ocurre a las lagartijas y a los lagartos. El hombre las persigue, con menos susto que a las serpientes, pero con la misma finalidad: la muerte implacable; y sin embargo, son animalitos sumamente útiles por lo bien que exoneran de insectos las sementeras, especialmente de hormigas y aun de roedores.

Moscas, grillos, langostas, hormigas, lombrices y tantos otros enemigos impíos de las frutas y de los granos, sufren el eficaz exterminio de las lagartijas sutiles que se ven quietecitas tomando el sol y de los largartos verdes que son capaces de hacer frente a los perros y de morderles el hocico, prefiriendo morir antes de soltar la presa.

Ni lagartijas ni lagartos segregan veneno. De modo que son pura utilidad sin ningún peligro.